

le los nombres particulares de pagos, dehesas, montes y ciudades que hay en el camino, ni menos gasta palabras en pintar la grandeza de la ciudad, los templos, edificios y jardines que hay en ella, porque todo esto importa poco para el oficio de guía de que se ha encargado; sino antes callando y yendo delante paso á paso, sin fatigarle la memoria y el entendimiento le pone á vista de la ciudad, y allí le deja, porque allí cese el oficio de la guía donde cese el peligro de perder el camino; esto mismo hizo nuestro gran maestro y guía de la perfección, que habiendo llevado al ejercitante por todos los pasos dificultosos y peligrosos de las dos primeras jornadas, le deja á la vista de la unión con Dios, instruyéndole con pocas palabras en ella, y no cargándole la memoria con nombres que para él son nuevos y desusados, ni fatigándole la cabeza con especulaciones, sino animándole á andar el camino con los pies, esto es, á ejercitarle con la obra. Y con esto le va levantando, sin que lo entienda, sobre todas las cosas criadas y sobre sí mismo, y que ya no le falte sino abrazarse y unirse con Dios. Y cómo enseña y practica nuestro santo Padre esta unión en la cuarta semana, y va disponiendo á ella en las precedentes, es lo que con la gracia del Señor hemos de declarar en los capítulos siguientes.

## CAPÍTULO II.

QUÉ COSA ES LO QUE LLAMAMOS UNION Ó VIA UNITIVA.

**P**ARA entender este punto nos dará principio una sentencia de *Contemptus mundi*, que en el lib. 1, cap. 3, dice así: «Aquel á quien todas las cosas le fueren uno, y todas las cosas trujere á uno, y todas las cosas viere en uno, podrá ser firme de corazón y permanecer pacífico en Dios.» Esta cifra de este uno, y de pacificar en este uno el corazón que está turbado en la multiplicidad de las cosas, trayéndolas todas á uno, y mirándolas todas en uno, y siendo para él todas ellas uno; esta cifra, digo, no la entiende en esta vida, sino el amor sobre todas las cosas de este uno, cuando el alma, y el corazón, y las fuerzas que estaban divididas y derramadas en muchas cosas, se ponen en libertad y se unen para amar este uno con todo el corazón, con toda el alma y con todas las fuerzas. Y por eso añade: «Oh verdadero Dios, hazme permanecer uno contigo en caridad perpétua.» Porque, como dice el discípulo amado<sup>1</sup>: «Dios es caridad y el que está en caridad está en Dios, y Dios está en él.» Y de qué manera el amor junte y haga uno mismo del que ama y de la cosa amada, lo declaró bien aquel filósofo que refiere Aristóteles, y lo cita santo Tomás, que decía<sup>2</sup>: Que los que aman desean de dos hacer uno; mas

<sup>1</sup> I Joan. IV, 16.—<sup>2</sup> S. Thom. I, 2, q. 28, art. 1 ad 2.



porque esto no puede ser, sino es dejando de ser el uno para convertirse en el otro, ó dejando de ser los dos para convertirse en otro tercero, de ahí es, que desean unirse con el modo mejor y más conveniente que puede ser, esto es, viviendo juntos, hablando y conversando juntos y en otros modos semejantes. Verdaderamente los que han gustado del amor de Dios, desean deshacerse y aniquilarse en sí mismos para transformarse en Dios, y vaciarse de sí mismos para llenarse de Dios, sino con muerte natural (porque esto no puede ser) á lo menos son muerte mística, de manera que puedan decir con él Apóstol<sup>1</sup>: «Vivo yo, ya no yo, sino vive Cristo en mí.» «Porque para esto murió Jesucristo y resucitó, para que los que viven no vivan ya para sí, sino para aquel que por ellos murió y resucitó.» «Sabiedo por cosa cierta, que juntamente con él fué crucificado nuestro hombre viejo, para que se destruya el cuerpo del pecado,» y todo lo que teníamos del primer Adán, y viva solamente el segundo Adán Jesucristo en nosotros.

Este, pues, es el fundamento de la union con Dios, salir de sí mismo para pasar á Dios, y morir á sí mismo para vivir en Dios, y deshacerse en sí mismo para empezar á participar del sér de Dios. Porque como decia aquel filósofo: No puede hacerse de dos uno, sin que se deshaga el uno para transformarse en el otro. Luego dos cosas se requieren para que llegue el alma á esta union con Dios. La primera, que esté deshecha y mortificada con perfecta renunciacion de sí misma y de todas las cosas. La segunda, que toda esta mortificacion se enderece para acercarse y unirse con Dios. Porque así como para hacerse fuego de un leño se requieren dos

<sup>1</sup> Ad Gal. II, 20; II Cor. V, 15; Rom. VI, 6.

cosas; la primera, que el leño pierda su sér, la segunda, que le pierda con ciertos accidentes y disposiciones naturales del fuego, como son la sequedad y el calor; así tambien para transformarse el alma en Dios, de tal manera ha de salir de sí misma, que con los mismos pasos con que se va acercando á Dios, háse de olvidar de sí misma con la memoria y presencia de Dios, y se ha de aborrecer á sí misma con la fuerza de la caridad y amor de Dios.

Esta es una eleccion de suma importancia en esta escuela del amor y de la union con Dios. Porque no piense nadie quedándose en sí, y siendo todo para sí, que podrá llegar á esta union. Porque así como la cera si no está blanda, no se puede imprimir en ella el sello; y si no está derretida, no se puede penetrar ni mezclar con otra cera ó con otro licor; así tambien si el corazon no se entenece y ablanda con este continuo ejercicio de mortificacion y de perfecta renunciacion de sí mismo y de todas las cosas, no puede estar dispuesto para la union, por la cual en cierta manera se penetra el que ama con la cosa amada. Y por eso dijo muy bien santo Tomás, que este nombre de licuefaccion, es término propio de la escuela del amor, y del cual usan los que tratan de la union, y es tomado de lo que dijo la esposa en los Cantares<sup>1</sup>: *Anima mea liquefacta est, ut locutus est*: Mi alma, dice, se derritió luego que mi amado habló. Este modo de hablar, dice este Santo<sup>2</sup>, es contrario á lo que llamamos congelacion. Porque las cosas heladas están apretadas en sí mismas, y no dan fácilmente lugar á unirse y penetrarse con otras; y por eso

<sup>1</sup> Cant. V, 6.—<sup>2</sup> S. Thom. I, 2, q. 28. art. 5 ad argum.



este suelo ó dureza del corazon es disposicion contraria al amor. Y por el contrario, la licuefaccion significa cierta blandura que dispone el corazon, y le hace apto para que la cosa amada se una y se penetre con él. Esto dice santo Tomás. Y es cierto que esta blandura no es la que se siente con una facilidad natural que algunos tienen, y un amor flaco é ineficaz que no tiene fuerza para llegar á las obras y á las veras; sino la que posee un corazon contrito y humillado, quebrantado con la mortificacion de sus quereres, y que en medio de las deshonras y de la pobreza, y de las contradicciones y humillaciones ha sido fiel y ha llevado la adversidad en paciencia. Y por eso no hay otro camino cierto para la union, sino los ejercicios penosos y violentos de la primera y segunda semana.

Esto supuesto, veamos ahora cómo nuestro santo Padre en estas primeras semanas va guiando á su ejercitante á la union con Dios, y cómo cumple con estas dos cosas que hemos declarado, conviene á saber, cuán deshecha y mortificada quiere al alma, con renunciacion tan perfecta de sí misma y de todas las cosas, y cómo toda esta mortificacion la endereza para acercarse y unirse con Dios. Cuanto á lo primero, ¿qué más muerto puede estar un hombre al mundo y al amor propio de lo que aquí se le pide? Porque luego en el fundamento le pide una indiferencia tan grande á todas las criaturas: *Que no queramos de nuestra parte más salud que enfermedad, riqueza que pobreza, honor que deshonra, vida larga que corta.* ¿Qué cosa pudo decirse más rigurosa, ó qué otra se pudo pintar más perfecta, que al primer paso quitar el amor de la riqueza, de la honra y de la vida, que es lo último á donde dijo san Basilio, que podia llegar la renunciacion más perfecta? Para cumplimiento de

esto dice <sup>1</sup>: *Pedir conocimiento del mundo, para que aborreciéndole aparte de mí las cosas mundanas y vanas:* y llegando á la ejecucion <sup>2</sup>: *Hacer contra su propia sensualidad, y contra su amor carnal y mundano.* Aquí entra el desprecio de las riquezas y de la honra mundana, el amor de la pobreza y de las injurias y oprobios de Jesucristo, el abrazar la humillacion con el efecto todas las veces que lo pidiere la ocasion, el estar tan sacrificado al servicio y gloria divina, que en ninguna cosa mire á sí mismo, poniendo fuerza de no querer esto ni aquello, si no le moviere sólo el servicio de Dios nuestro Señor, y todo lo demás que largamente queda declarado en los libros pasados.

Lo segundo, es necesario enderezar este ejercicio de renunciacion y mortificacion para disponerse con él al amor de Dios; pues, como decíamos, no basta mortificarse y renunciar de cualquiera manera las cosas para disponerse á la union con Dios. Porque así como en un lugar podemos apartarnos para ir á términos diferentes, así podemos renunciar la hacienda, menospreciar la honra y la misma vida por fines muy diferentes. Y como notó san Jerónimo <sup>3</sup>, no dijo el Salvador á sus discípulos: Vosotros que habeis dejado todas las cosas, porque este Crates filósofo lo hizo, y otros muchos dejaron sus haciendas, sino dijo: Vosotros que habeis dejado todas las cosas, y me habeis seguido á mí, lo cual es propio de los apóstoles y de los creyentes. Porque para unirse con Cristo, no basta estar de cualquiera manera crucificado, sino estarlo en la misma cruz con él, como dijo el Apóstol <sup>4</sup>: *Cristo confixus sum cruci.* Estoy, dice, junta-

<sup>1</sup> 1.<sup>a</sup> Sem. Ejerc. 3.<sup>o</sup>, Coloquio. — <sup>2</sup> 2.<sup>a</sup> Sem. Ejerc. del rey temporal. — <sup>3</sup> Hieron. 1, 3, in 9, Matth. — <sup>4</sup> Galat. II, 19.



tamente clavado con Jesucristo en su cruz; y si me glorio en la cruz, «no me quiero gloriarse en cualquiera cruz, sino en la cruz de Jesucristo, en la cual está el mundo crucificado para mí, y yo para el mundo. »<sup>1</sup> Lo cual es tanto como decir, que lo que padezco y lo que desprecio al mundo, y lo que me alegro de que él mundo me desprecie á mí, es todo por respeto de Jesucristo, y por agradarle á él, y por ser semejante á él. Porque cuando se padece con este espíritu, se cumple bien lo que dice: *Contemptus mundi*: Hijo, cuanto puedes salir de tí, tanto puedes pasarte á mí.

Pues en este punto con cuánta destreza va nuestro santo Padre apartando los principiantes del amor de las cosas del mundo y arimándolos á Dios, fácilmente lo verá quien quisiere con un poquito de cuidado mirar en ello. Porque luego en la anotación quinta dice <sup>2</sup>: *Al que reciba los ejercicios mucho aprovecha entrar en ellos con grande ánimo y liberalidad con su Criador y Señor, ofreciéndole todo su querer y libertad para que su divina Majestad, así de su persona como de todo lo que tiene se sirva conforme á su santísima voluntad*. La entrada del fundamento no es otra sino <sup>3</sup>: *Que el hombre es criado para alabar, hacer reverencia y servir á Dios nuestro Señor, y mediante esto salvar su ánima*. Y sobre este fundamento se va cargando á plomo todo el edificio, no desviándose un punto de este fin y esta intención; el cual demás que expresamente se repite en algunos lugares, ¿qué otra cosa es la que se repite y se renueva en todas las oraciones preparatorias á la entrada de cada hora de oración sino este deseo, de que *todas mis intenciones, acciones y operaciones sean puramente ordenadas en servicio y alabanza de su divi-*

<sup>1</sup> Galat. VI, 14.—<sup>2</sup> Anot. 5.—<sup>3</sup> 1.<sup>a</sup> Sem. princ. y fund.

*na Majestad* <sup>1</sup>? Porque como toda esta fábrica y edificio va guiado á la unión con Dios, en desviándose de este fundamento de que todas mis operaciones vayan puramente ordenadas á mi último fin, esto es, al servicio y alabanza de la divina Majestad, todo el edificio va desplomado y falso. Y ¿qué otra cosa se contiene en todo el discurso de la segunda semana, sino hacerse guerra á sí mismo por no desamparar la bandera de Jesucristo, abrazar la pobreza y la deshonra por ser semejante á Jesucristo, y renunciar en todo su voluntad para hacer la voluntad de Jesucristo? y lo uno y lo otro juntó el santo Padre al fin de la segunda semana, cuando dijo <sup>2</sup>: *No queriendo ni buscando otra cosa alguna, sino en todo y por todo mayor alabanza y gloria de Dios nuestro Señor, porque piense cada uno que tanto se aprovechará en todas cosas espirituales, cuando saliere de su propio amor, querer é interés*.

Quede pues asentado como fundamento firme de esta doctrina: Lo primero, que para unirse con Dios, el primer paso ha de ser salir un hombre de sí mismo, esto es, de su propio amor, querer é interés. Lo segundo, que la unión con Dios se ha de hacer por contemplación y por amor. Lo tercero, que el verdadero amor consiste en obras, y no en solas palabras. Lo cuarto, que estas obras en que consiste el amor, son el cumplimiento y conformidad con la divina voluntad, buscando en todo y por todo la mayor alabanza y la gloria de Dios nuestro Señor. Y siendo éste como es el ejercicio y camino de la unión, sácase claramente ser error manifiesto lo que algunos han pensado, que el intento de nuestro santo Padre en este su libro, fué solamente instruir á los

<sup>1</sup> 1.<sup>a</sup> Sem. 1.<sup>er</sup> Ejerc.—<sup>2</sup> 2.<sup>a</sup> Sem. in fine.



principiantes en un buen modo de meditar y de hacer una confesion general, con verdadero dolor de sus pecados y propósito de la enmienda, dando principio de allí adelante á mejorar la vida, sin querer tratar de otros modos de oracion ó contemplacion más levantada, ni de los ejercicios de los varones perfectos, ni de los secretos que pasan en el alma cuando ha llegado á la union con Dios. Esto, como digo, es engaño manifestado. Porque si lo sólido y lo verdadero de la union con Dios consiste en dejar un hombre sus propias voluntades y conformarse perfectamente con la voluntad divina, buscando en todo la mayor gloria y alabanza de Dios, ¿qué otra cosa es la que se trata en este libro sino ésta, y qué otros pasos son los de este ejercicio espiritual sino éstos? Lo cual se descubre luego en la primera anotacion, que dice así<sup>1</sup>: *Todo modo de preparar y disponer el ánima para quitar de sí todas las afecciones desordenadas, y despues de quitadas para buscar y hallar la voluntad divina en la disposicion de su vida para la salud del ánima, se llaman ejercicios espirituales.* Conforme á lo cual para proceder con más claridad, diremos primero una palabra de los medios que hay para dejarse un hombre á sí mismo y salir de su propio amor, querer é interese; y luego trataremos más despacio de los medios que hay para unirse con Dios, que son la contemplacion y el amor.

<sup>1</sup> Anot. 1.

### CAPÍTULO III.

QUE LOS TRABAJOS Y ADVERSIDADES, Y TODO LO QUE ES CONTRA EL GUSTO É INCLINACION DE LA CARNE, AYUDA Á LA UNION CON DIOS.

**M**ODOS los trabajos y adversidades que pueden suceder en esta vida, cuanta fuerza tienen para desviarnos del amor de las cosas presentes, tanta tienen para despertar en nosotros el amor de los bienes eternos y para ayudarnos á la union con Dios. Porque así como en la mar los vientos furiosos ponen en cuidado á los pilotos y marineros, y en peligro al navío, pero si no le anegan, le llegan con más ligereza al puerto deseado; así son tambien los trabajos y adversidades, que aunque ponen al espíritu en peligro y cuidado, pero si no le anegan con impaciencia, le llevan con mayor presteza á abrazarse con Dios. Porque ¿qué otra cosa es la pobreza y la enfermedad, la hambre y la desnudez, las injurias y desprecios, y las contradicciones y persecuciones de los hombres, sino tempestades que turban nuestro corazon, las cuales arrancan al hombre de sí mismo, y si se gobierna en ellas con paciencia y conformidad, le llevan á grandes jornadas á Dios? Traigamos á la memoria las historias de los santos, y hallaremos que muchos de ellos se redujeron voluntariamente á extrema pobreza, castigaron con grande aspereza su cuerpo, y humillaron su espíritu con grande esfuerzo, buscando



trazas é invenciones para ser despreciados y desconocidos de los hombres; todo á fin de apartar el amor de las criaturas por ponerlo en el Criador de ellas. Pues si son tantos los que han huido del mundo y de sus prosperidades, no son menos, sino muchos más á quienes el mundo y sus prosperidades han dejado. Quiero decir, que si son muchos los que han abrazado de su voluntad estos trabajos, no son menos, sino muchos más los que han padecido y padecen contra ella, los cuales si abrazan con humildad y devocion estas adversidades que Dios les envia, no menos se ayudarán de ellas para levantarse sobre sí mismos y sobre todas las criaturas, que si de su voluntad las hubieran escogido.

¡Oh, qué gran campo se nos descubre aquí para gloriarnos en las tribulaciones, y estar no solamente conformes, sino alegres y agradecidos en ellas! Porque si bien lo miramos, con este género de providencia previene Dios nuestra tibieza con su amor, y como nos ve regalados para hacer penitencia, y pusilámines para sufrir la deshonra, y flacos para llevar las incomodidades de la pobreza, él mismo nos arroja en medio de estas llamas, para que allí haciendo de la necesidad virtud, nos esforcemos á alabar á Dios, como lo hicieron los tres mozos en el horno de Babilonia; y haciéndolo así veremos renovado cada dia aquel milagro, y experimentaremos dentro de nosotros, que los que caimos en la tribulacion atados, salimos de ellas salvos y libres, y que este fuego no tuvo fuerza para quemar, sino solas las ataduras. Porque ¿qué otra cosa es el amor de las riquezas y de las honras, el amor de los padres y de los hijos, el amor del regalo y de la salud, sino unas ataduras que no nos dejan volar libremente á Dios? Pues si es así que la falta de los bienes temporales le hace á uno

libre de cuidados y desembarazado para tratar con Dios, y que la pobreza voluntaria le hace superior á todas las cosas de la tierra, lo mismo es escoger uno de su voluntad la pobreza, que abrazarla con su voluntad cuando viene de la mano de Dios. Y si castigar el cuerpo y afligirle con ayunos y disciplinas, le rinde y sujeta al espíritu, lo mismo será tomar uno estos dolores por su voluntad, ó sufrirlos con humildad y devocion cuando vienen de la mano de Dios. Y si esconderse un hombre y humillarse y dejar las honras y dignidades que se le ofrecen, y procurar ser olvidado de los hombres, es causa de pacificar y quietar el espíritu, y de hacerse familiar á Dios y á los ángeles; lo mismo será esconderse y humillarse un hombre de su voluntad ó recibir con gusto y conformidad, cuando es olvidado, humillado y despreciado de los otros. Pues si tenemos por hombres de excelente santidad y de heróica virtud, y por muy unidos y abrazados con Dios los que dejan de su voluntad las riquezas, los que castigan con fervor sus cuerpos, los que desprecian las honras y dignidades que el mundo les ofrece, ¿por qué no tendremos la misma estima de los que pierden sus haciendas, padecen enfermedades y dolores, y son deshonorados y tenidos en poco, cuando llevan aquestas cosas con paciencia, si no pueden con alegría, y si no pueden con gozo á lo menos con humildad y conformidad? Porque si aquellos primeros procuran por caminos tan arduos y dificultosos dejarse á sí mismos, y acercarse y unirse con Dios, á estos segundos procura Dios por los mismos caminos apartarlos del amor del mundo, y atraerlos y unirlos consigo.

A los principios de la Iglesia padecian los fieles grandes persecuciones de los gentiles, y por medio de ellas los purificaba Dios como al oro en el crisol, y les comu-



nicaba con abundancia su luz y su familiaridad; y cuando faltaron estos perseguidores, empezaron los santos á perseguirse á sí mismos en las religiones, y monasterios y en los desiertos y soledades con tantas invenciones de penitencias, como los tiranos habian tenido de martirios; todo á fin de mortificar en sí mismos lo que tenían del Adán terreno, y llenarse del espíritu de Jesucristo, y levantarse sobre todas las cosas para unirse con Dios. Y así el apóstol san Pablo, habiendo contado las grandezas de sus visiones y revelaciones, añade <sup>1</sup>: «Si es así, que la virtud se perfecciona en la enfermedad, de buena gana me gloriaré en mis enfermedades, porque more en mí la virtud de Jesucristo.» ¿Qué enfermedad es ésta, en la cual se perfecciona la virtud, y qué virtud es ésta que se perfecciona en la enfermedad? ¿Qué enfermedades ó flaquezas son éstas en que se gloria de tan buena gana el Apóstol, porque more despacio y de asiento en él esta virtud? Claro está que estas enfermedades son las que luego declaró. «Por lo cual, dice <sup>2</sup>, me agrado y me parezco bien á mí mismo en mis enfermedades y flaquezas, en las afrentas, en las necesidades, en las persecuciones, en las angustias por Cristo.» Y la virtud que se perfecciona con estos trabajos, no es otra cosa sino la fuerza del divino amor. De manera que el viento recio de las persecuciones encendia en el pecho del Apóstol la llama del divino amor, y esta llama le alumbraba el entendimiento y le encendia la voluntad, y por medio de ella le comunicaba Dios tantos secretos y revelaciones, que para que la grandeza de ellas no le levantase en soberbia, era menester echarle un contrapeso tan grande en sus tribulaciones.

<sup>1</sup> II Cor. XII, 9. — <sup>2</sup> Ibid. 10.

Pues esto mismo que obraban entonces en los santos mártires las persecuciones de los tiranos, obran ahora en los santos confesores las enfermedades, la pérdida de la hacienda y de la honra, los desprecios é injurias, los agravios y contradicciones; que si eran grandes las que venian de los tiranos, no suelen ser menores, sino mayores las que vienen de los amigos y de los domésticos y cercanos. Todo lo cual, si sabemos aprovecharnos de ello, es una mina riquísima de paciencia, y un gran socorro para salir de nuestro propio amor y transformarnos en el amor de Dios. Porque, como gravemente dijo san Diadoco <sup>1</sup>, el mismo demonio y adversario nuestro, que entonces por medio de los tiranos y de los magistrados y potestades seculares les decia á los santos mártires: Negad á Jesucristo, desead y procurad la honra mundana que os ofrecemos, huid de la deshonra y de la muerte con que os amenazamos; ese mismo es el que solicita ahora á los santos confesores, para que deseen la honra, teman de la deshonra, sigan el mundo, huyan de la cruz de Jesucristo; y para esto despierta contra ellos varias persecuciones, y les procura muchas ocasiones de pobreza, de afrentas y de menosprecios. Pues si es el mismo el que antes atormentaba visiblemente á los santos mártires por medio de los tiranos, y ahora persigue á los santos confesores por medio de sus prójimos; síguese también, que así como por medio de aquellas aflicciones se enternecian los corazones de los santos, como la cera á los rayos del sol, para recibir el sello de la semejanza divina; así se disponen ahora á la union con Dios por medio de estos mismos ejercicios.

Esto que hemos dicho es en tanta manera verdad,

<sup>1</sup> S. Diad. c. 94.



que los que han empezado á experimentar esta comunicacion quieta con Dios, estiman en tanto este favor, que cuando les faltan perseguidores visibles ó invisibles ellos mismos se persiguen, humillándose, y deshaciéndose, y dándose mala vida con todo género de incomodidades y de penitencias. Y de aquí han nacido tantas maneras de penalidades con que los santos se han afligido á sí mismos, y sienten en esto descanso, y satisfacen al deseo del corazon, porque se embarazan con la honra, y con la hacienda, y consigo mismos, y con la misma vida, y pretenden, cuanto les sea lícito y posible, verse libres de estos estorbos, para abrazarse del todo con este bien que se les ha empezado á comunicar. Y entre tanto adelgazan y ponen en pretina su cuerpo, y desean que la parte incorruptible y espiritual de tal manera tenga rendida y sujeta la parte inferior y corruptible, que cuando obra el espíritu, apenas echen de ver si tienen cuerpo. De lo cual se ve, que las penitencias corporales notablemente ayudan al espíritu en cualquier parte que se halle de este camino. Porque en los que empiezan, ayudan para satisfacer por sus culpas pasadas; en los que se aprovechan, para mortificar las pasiones y sujetarlas al imperio de la razon; en los perfectos, para alcanzar de Dios nuestro Señor luz para conocer su santa voluntad, y otras gracias y dones que desean. Las cuales tres cosas notó sabiamente nuestro santo Padre en la adición décima, cuando dijo <sup>1</sup>: *Las penitencias externas principalmente se hacen por tres efectos. El primero, por satisfaccion de los pecados pasados. Segundo, por vencer á sí mismo, es á saber, para que la sensualidad obedezca á la razon, y todas partes inferiores estén más sujetas á las superiores. Tercero, para*

<sup>1</sup> 1.<sup>a</sup> Sem. Adic. 10.

*buscar y hallar alguna gracia ó don que la persona quiere y desea, así como si desea haber interna contricion de sus pecados, ó llorar mucho sobre ellos ó sobre las penas y dolores que Cristo nuestro Señor pasaba en su pasion, ó por solucion de alguna dubitacion en que la persona se halla. Pero de esto trataremos á la larga en su propia lugar.*

#### CAPÍTULO IV.

QUE LA UNION CON DIOS SE HACE POR CONTEMPLACION

Y POR AMOR.

**N**o basta para la union con Dios salir de sí mismo, huir de sí mismo, renunciarse á sí mismo y al amor de todas las cosas criadas, sino que es menester unirse y abrazarse con Dios; y no tiene el alma otros brazos con que abrazarse con Dios, sino sus tres potencias que son memoria, entendimiento y voluntad. Con la memoria abraza el alma á Dios, teniéndole en su presencia; con el entendimiento, por medio de la contemplacion; y con la voluntad, por medio del amor, porque propio es del amor unir entre sí á los que se aman. Y así como entre los hombres, el amor busca la presencia corporal del amigo para vivir juntos, hablar y comunicar y darse parte de sus negocios y cuidados; así tambien el amor de Dios busca cuanto le es posible la presencia y comunicacion con Dios. Mas porque en esta vida y mien-